



UNA CARTA DEL PADRE AQUILES GERSTE

Acerca de la educación de la raza tarahumara.*

Sr. D.

V. Salado Alvarez.

Chihuahua.

Muy señor mío y de toda mi consideración:

La atenta de Ud. fecha 4 de julio próximo pasado, me ha causado una inmensa satisfacción, por más que conozca no sea digno de sus benévolas expresiones. Esto sí, los nueve años que tuve la suerte de vivir en México, me han dejado en el alma un vivísimo afecto para con los indígenas, especialmente con los de la Sierra Madre, aunque a estos últimos traté por muy poco tiempo. El estado lastimoso en que se hallaban por una parte, y por otra sus buenas disposiciones, me hacían ansiar una oportunidad de trabajar por ellos. Considere pues Ud. si no me ha de alegrar el grande y noble interés que Ud. toma por estos pobres desamparados, y si no me estimaría yo feliz, ayudando en la medida de mis fuerzas a sus generosas intenciones.

Por desgracia no me es dable enviar a Ud. la memoria que se sirve pedirme, porque ni se imprimió, ni aún llegó a escribirse en una forma definitiva. He aquí lo que pasó:

Secundando la iniciativa de los señores D. Alfredo Chavero, D. José María Vigil y otros amigos míos, la Junta del Centenario de Cristóbal Colón

* Esta carta del eminente americanista Rev. P. Aquiles Gerste, fue escrita desde Roma al Sr. Lic. D. Victoriano Salado Alvarez, entonces Secretario General de Gobierno de Chihuahua, con motivo de la consulta que este señor hizo al distinguidísimo filólogo y antropólogo acerca de la educación de los indios tarahumaras, a propósito de la empresa de civilizar esta raza que había tomado a pechos el gobierno de D. Enrique C. Greel en aquel Estado.

acordó en 1892 que se hicieran en la región de Casas Grandes y en ciertos puntos de la Tarahumara, exploraciones arqueológicas y etnográficas, para estudiar a la vez dos fases opuestas de la edad precolombiana: la de una raza relativamente civilizada, extinguida desde hace siglos, pero cuyos monumentos revelan aún su arte asombroso; y la de algunas tribus en parte semi-salvajes, que en su actual modo de vivir conservan aún muchos rasgos del primitivo candor y fiereza.

Poquísimos meses podía durar esta misión, ya que sus resultados debían figurar en la Exposición de Madrid, que estaba para inaugurarse. Esta circunstancia, y la de estar yo solo, y otros obstáculos imprevistos, suscitaron no pocas dificultades. Pero se vencieron todas, gracias al decidido favor del Ministro, de las autoridades eclesiásticas, de la respetabilísima familia Terrazas y de varios amigos. En particular, nunca se borrará de mi memoria la cordialísima acogida que me hizo y los muchos favores que me dispensó persona tan caracterizada como D. Enrique Creel. Tal concepto me formé de este señor, que al tener noticias de que se halla al frente del Gobierno, no he podido menos de dar en mi alma mil parabienes al Estado de Chihuahua. Lo que Ud. me dice del patriotismo del Sr. Gobernador, de la elevación de sus miras, y de su benevolencia para con los indígenas, confirma plenamente lo que de aquel caballero me esperaba.

Volvamos al asunto. Después de las exploraciones y excavaciones hechas en Casas Grandes y en las vecinas zonas de *mountbuilders* por los meses de abril y mayo 1892, entré a la Tarahumara por Yepómera, recorriendo sucesivamente los territorios de Temósachic, Cocomórachic, Tozánachic, Tomóchic, Arisiachic, etc. y varias rancherías del Río Papigochic. Pasados algunos días en Guerrero, volví a subir por Pachera, Temechic, Pichachic, Bocoyna, Cusárare, para ir en busca de los "GENTILES," que muchos andan aún vagando por la sierra. Los hay de dos clases: los unos que no se han dejado reducir en pueblos, y carecen de organización política y religiosa, sin que por esto se les pueda tachar de salvajismo; otros que, más bárbaros, mantienen las rudezas de las tribus precolombinas más indómitas.

Penetrando así por las fragosidades de la cordillera e internándome en la barranca Tararecua etc., hallé las grutas y peñascos ocupados por los modernos trogloditas. Con ellos conferí principalmente en una ranchería llamada Raramuchic.

Durante la expedición se pudo recoger buen material prehistórico, y acopiar datos abundantes de arqueología, antropología y etnografía. Escribí sobre ello a los señores de la Junta, y algo se imprimió (no por mí) en periódicos o revistas. Mas para exponerlo todo completa y ordenadamente, cuando volví a la capital, empecé la redacción de una larguísima memoria, con la cual quería informar al Gobierno y a la Junta Colombina. Llamado impensadamente a Italia, hubiera aquí mismo proseguido la composición, si razones de salud y las graves afecciones que pesaban sobre mí, no me lo hubieran impedido. Después de varios esfuerzos, tuve finalmente que prescindir de la publicación.

Por lo demás, aunque se hubiera podido extender y terminar la relación, ésta ciertamente no bastaría para dar una idea cumplida de la situación actual de los tarahumares; primero, por referirse mis apuntes a época ya lejana (1892); luego porque la premura del tiempo no me permitió ocuparme mucho en otras indagaciones que las científicas; y en fin porque no recorrí toda aquella región. Ahora Ud. sabe perfectamente que hay gran diferencia entre las varias partes de ella; entre Tarahumara Alta, Baja y Nueva; entre los indios más o menos bárbaros, nómades y movelizos, que están errando por las quebradas más hondas o las cumbres más escarpadas, y los que están aveciudados en aldeas; entre los pueblos de raza pura y aquellos donde los indígenas se hallan mezclados con blancos o mestizos; sobre todo entre cristianos y "gentiles." Yo hube de fijar principalmente mi atención en lugares de difícil acceso y poco transitados, fuera del camino de los minerales. Lo que de ellos diría, no se podría siempre aplicar a otros.

Éstos son algunos de los motivos por los cuales no me sería posible hablar de los tarahumares con la seguridad y competencia que otros tienen, por ejemplo los sacerdotes jesuítas que se han confinado en esas solitarias y escabrosas tierras, para consagrar a sus pobrecitos moradores corazón, fuerzas y vida.

Con todo, deseando dar a Ud. una prueba de mi deferencia y alta estimación, me tomaré la licencia de consignar aquí (bajo las reservas arriba indicadas, y copiándolas de mis antiguos apuntes) alguna que otra de las observaciones hechas o de las informaciones recibidas. Sírvasse Ud. acogerlas con benevolencia, aunque no las necesita y en sí poco o nada valen.

Primeramente, los tarahumares son de carácter bueno, dócil, pacífico y leal, naturalmente afables y dulces. Sobre todo, cuando se les ha ganado el corazón, se rinden por completo y se sujetan de buena gana. Hasta a los gentiles, que de suyo son fieros, ásperos en el trato, ariscos, a poco de hablarles con sincera bondad y dulzura, los hallamos sumisos y no difíciles de amansar.

No se conocería bien el genio de los tarahumares si se le estudiara sólo en aquellas sociedades mixtas, donde, teniendo que quejarse de los blancos, y quizás dando también lugar a quejas, proceden con mucho recelo, sigilo y desconfianza, se muestran poco comunicativos, melancólicos, tímidos y un tanto abatidos. Pero aun allí, tan pronto como se los trata con buena fe y cariño, salen de su reserva sombría y se prestan gustosos a cuanto uno quiere.

Con aquellos pueblos mixtos, qué contraste tan grato forman Pichachic, Sisoquichic, Cusárare y otras comunidades de solos indígenas, relativamente felices y cultas, por los rumbos que me fue dado visitar. Se les ve en el rostro que nada temen, delante de nadie tiemblan. Por lo mismo que ningún mal recelau, son francos y abiertos. Jamás los cogí en mentira ni vana promesa. En muchos admiré la nativa nobleza de corazón, su pródiga y desinteresada bondad, rasgos de magnanimidad que no recuerdo sin emoción.

En el trato parecen niños, tan sencilla así es su índole, tan ingenuos son, y tan prontos a entregarse a cualquiera sin miedo ni sospecha. Temo

que hombres mal intencionados los harían fácilmente caer en errores y perniciosas ilusiones de orden religioso y social.

En general no roban, ni hacen mal, ni ofenden a viajeros o vecinos, por más que lo pudieran impunemente. Aún los salvajes y vagamundos se mantienen en paz. Solamente cuando se hallan en estado de embriaguez, sería peligroso arriesgarse entre ellos.

Pasan por muy inteligentes, aunque (a juicio de algunos) no tanto como los mayos. Ciertamente no les faltan habilidad ni aptitudes. Se los reputa excelentes peones y sirvientes, cuando se logra hacerlos trabajar; pero esto es lo difícil, ya que muchos son flojos o al menos inconstantes.

Omitiendo otras cualidades y defectos, en suma debió decir a Ud. que *esas tribus son muy dignas de gozar de los beneficios de la cultura actual y son capaces de ello*. Yo quiero mucho a los tarahumares; pero no creo que el afecto me ciegue al afirmar que son hombres de buenas prendas, y que puestos en condiciones favorables, amaestrados con paciencia y tesón, no sólo darían mucho de sí, sino que podrían nivelarse a las partes más privilegiadas de la gran familia mexicana.

Por esto mismo es más sensible el verlos ahora estacionarios, casi inútiles para sí y para los demás, en parte sumergidos en la ignorancia y en la miseria, víctimas de un prolongado abandono y de no pocos agravios.

Uno de estos permítaseme tocar aquí de paso, sin hacer cargos a nadie, sin abultar nada, repitiendo únicamente lo que algunos desventurados me dijeron en momentos de desahogo.

Aquellos de entre los aborígenes que aprendieron a vivir vida social y civil, subsisten principalmente por la vía de ganados y cultivo de la tierra: suelen prosperar hasta el día en que se domicilia entre ellos gente advenediza de otra sangre. Por trabajadora y honrada que ésta sea, no falta (en algunas comarcas) quien se ponga a despojar a los tarahumaritos. Comprándoles a vil precio lo que les costó un año de sudores, engañándolos en los tratos, apremiándolos con falsos títulos, por mañas, por intrigas, los van dejando paulatinamente sin siembras ni rebaños. También en el deslinde de los terrenos, a cuanto se me dijo, habían sido ya muy explotados.

A estas reprobadas artes y vejaciones se oponen fuertemente los poderes públicos. Aún entre los mismos tarahumares se encuentra alguno más esforzado que haga valer sus derechos. Pero ni la acción gubernativa se deja sentir con igual vigor en todos los puntos de la sierra, separados entre sí por desiertos o fragosísimas montañas; ni siempre se atrevé el gobernadorcillo indio a salir en defensa de los suyos, por faltar quien a él le aconseje y anime. De ahí que los naturales se ven algunas veces entregados inermes a la opresión, a la rapiña.

No es que les sería difícil tomar venganza: su número, su gran denuedo, su agilidad, sus inexpugnables picachos, los harían temibles; y bien lo saben. De lo que serían capaces, una vez exasperados o instigados por astutos cabecillas, harto lo revelan los pasados alzamientos y lo difícil que fué la pacificación. Pero por lo común son tan mansos, tan amigos de evitar mayo-

res disturbios, que prefieren resignarse, devorando en silencio injusticias y afrentas.

Sucedió más de una vez que se colmase la medida, y que los infelices abrumados, acosados de mil maneras, se retirasen, dejando sus labores y caseríos a los usurpadores, buscándose a lo lejos algún sitio aislado donde vivir tranquilos. Si ni este tienen seguro, si aun allí los persigue la ajena codicia, acaban por remontarse a los peñascos y volver a esa vida silvestre y casi nómada de que se los había sacado a costa de tanta fatiga y sudor. En tiempos ya algo remotos así salieron del desgraciado Tomócluc cerca de cien familias, y fueron a engrosar la turba de los gentiles, quienes con esto más se obstinaron en su barbarie, y hasta juraron (así lo leí referido) nunca reducirse, para no verse hostigados como los que se habían juntado en pueblos.

Ojalá pudiera el Gobierno eficazmente amparar a esos pobres desheredados, concederles con equitativas y liberales condiciones tierras de pan llevar, e impedir enérgicamente que los vaya desposeyendo la rapacidad de alguna "gente de razón!" Para ellos la agricultura ha de ser la base de la vida civil.¹

Deberían también reprimirse algunas indignas especulaciones; v. g. la de aquellos vendedores ambulantes que llevan a las rancherías un barril de aguardiente, y embriagados los indios, les sonsacan por poco precio sus borregos, sus vacas, etc.

Asimismo invocaría la solicitud de las autoridades para proteger y fomentar la industria, aunque muy primitiva, de aquellos serranos, y sus cortos comercios, en todo lo cual poco medran, sea por lo atrasado de sus métodos, sea porque los engaña quien quiere. Como muchos no entienden el castellano, y poco saben de nuestra moneda, e ignoran muchas veces al valor de las cosas, lo dan todo por una mezquina o miserable retribución. Fajas primorosas se consiguen en algunas comarcas de la sierra por un peso o menos, y se revenden muy caro en las villas de Chihuahua. Caminando cuatro, seis u ocho días por cerros y cañadas, algunos llevan su cosecha de manzana a los centros de importancia, vendiéndola a un peso por carga: lo que no compensa ni con mucho el trabajo de acarreo.

Para impedir que se abusara de su sencillez, se les tasó antiguamente sus mercancías y productos: enseñándolos sus doctrineros a pedir dos reales por un día de trabajo, un peso por un borrego, y tratándose de una res, un peso por año que tuviera, hasta diez. Entiendo que algunos se atienen todavía a esta tarifa, por más que haya cambiado el valor del dinero.

Considerando en general (y no solamente en los Estados del Norte) la situación de los indios, un escritor mexicano, en 1887, decía, entre otras cosas, que para remediar sus males "se necesita del concurso mancomunado del Gobierno, del Clero, de los particulares y principalmente de los propietarios de fincas rústicas. Estas tres clases deberían procurar:

1 Pero sírvase Ud. acordarse que lo dicho hasta aquí, así como lo demás, son apuntes del año 1892; no sé qué providencias se habrán tomado posteriormente.

1º—Que las leyes (a favor de los indios) “sean efectivas y no letra muerta.

2º—Que los magistrados castiguen severamente a todo el que abusa de la condición de inferioridad de los indígenas “explotándolos de un modo tan reprensible, tan contrario al derecho de gentes y a nuestras leyes patrias,” esclavizándolos o maltratándolos de obra.

3º—Que las “autoridades subalternas usen la mayor vigilancia en todo lo relativo a los contratos de los peones con los dueños de negociaciones agrícolas” o mineras; “que en las transacciones con los indios haya siempre la mayor lealtad y honradez.”

4º—Que se funden “Sociedades protectoras” de los indígenas, “cuyo único objeto sea la vigilancia en las relaciones de éstos con los blancos, la defensa de sus derechos, y la promoción de cuanto tienda al mejoramiento y progreso de la raza.” Cuidarían de inducirlos “a que saquen sus moradas a los caminos y llanos, dejando de vivir en los bosques y las montañas, donde no se les puede vigilar ni ayudar.” etc.

Adoptando estos y otros medios que explica difusamente, espera el citado autor que se levantaría la condición material de los que llama los “parias” de la nación.

Concretándonos ahora a los tarahumares, si su régimen económico y social deja mucho que desear, más apremiantes son las necesidades de índole intelectual y moral. Sobre esta cuestión capitalísima no entra en mi propósito extenderme aquí. Básteme recordar que además de la acción espiritual de caritativos sacerdotes, es indispensable la escuela provista de maestros que inspiren confianza a los naturales. Estas dos poderosas influencias, unidas entre sí y ayudándose mutuamente, han de luchar contra la ignorancia, la rutina, las supersticiones, las corruptelas inveteradas; han de inculcar a la creciente generación el espíritu de trabajo y de industria, los hábitos de previsión y de ahorro; han de despertar en todos el sentimiento patrio, aquel amor de la nación que suele faltar en los infelices.

Creo que hace tiempo las autoridades se vienen interesando en difundir la instrucción, mas con escaso fruto, por el instinto montaraz de los indios y la dejadez de sus padres. Los actuales misioneros (según he oído decir) están trabajando a todo poder para que se implanten sólidamente escuelas elementales; y algo se empieza a conseguir. Con la valiosa cooperación del Gobierno, se les podría ir dando mayor ensanche, y aun procurar una educación algo superior a los que sobresalieran en la instrucción primaria y demostraran aptitudes más notables. Un modo de obtener que los niños se apliquen al estudio y que los padres fomenten la asiduidad de sus hijos a la escuela, lo sugiere el escritor arriba mencionado, y sería de estimular con premios a los unos y a los otros; v. g.: con instrumentos de arte o aperos de labranza, con ropas de uso, etc.

Sin entrar en más pormenores, quisiera someter al sabio juicio de Ud. una consideración general: y es, que si los restos de la gente tarahumara

han de subir a un alto grado de cultura, como lo espero, hay que llevarlos paso a paso, sin precipitación.

La historia de dos siglos pone fuera de duda este hecho: doctrinando a los naturales con dulzura aunque con firmeza, acomodándose a ellos con fino tacto en lo que se puede, suavizando poco a poco y puliendo sus rudas costumbres, como lo solían hacer sus primeros educadores, se va levantando lenta pero continuamente el nivel de la ilustración y de la moralidad, y en la misma medida progresan la paz, el bienestar, el movimiento de población. Pueblos he visto así formados que dan envidia.

En cambio donde se intenta mudarlos todo radicalmente y de un golpe; donde hacen irrupción blancos y mestizos, imponiendo sin transición un nuevo modo de vivir y todo el sistema de nuestras instituciones modernas; parecen los aborígenes condenados a corrupción, embrutecimiento, ruina e inevitable extinción. No conozco un solo caso que desmienta este aserto, y muchos hay que lo atestiguan con dolorosa evidencia.

También queda dicho que con solo la fuerza, con solo el temor al castigo, no se logra nada, sino tal vez volver bravas a estas gentes de suyo pacíficas. Con ellos triunfa la benignidad, con tal, sin embargo, que sea unida a prudente entereza. Bajo varios conceptos esos buenos tarahumares son como niños, como menores de edad. Es menester, por supuesto, que se vayan desarrollando y emancipando; pero, mientras a esto no hayan llegado, sería un trabajo descaminado y un error perjudicial el querer tratarlos siempre como a hombres adultos en la civilización. En particular, si la bondad paternal no se mezcla en ciertos casos con una justa severidad, no se vencerá la natural desidia e indolencia del indio, ni otros defectos suyos.

Para educar cuerdamente a los tarahumares en el modo indicado; para trabajar animosamente, sin cejar, sin desalentarse jamás en la regeneración de la raza, no se hallarán (mal me sentaría hablar así si no lo exigiera el interés de estos pobrecillos) no se hallarán tutores más celosos que los misioneros, ni más pacientes ni abnegados, ni más aceptos al humilde indígena. Este es naturalmente religioso, y por nadie se dejará mejor encaminar en la senda del progreso que por un buen sacerdote católico, viendo en él a un amigo, a un consejero, a un protector, a un verdadero padre; tanto más cuanto que, como escribía el Sr. Obispo de Chihuahua y yo mismo he observado, muchos "guardan todavía vivo en el corazón, trasmitido de padres a hijos, el afecto que profesaron a sus antiguos misioneros."

Tal hecho dichosamente es muy conocido de las ilustradas personas que rigen los destinos del Estado de Chihuahua. Y es testimonio elocuente de su sabiduría y su patriotismo, la benevolencia con la cual miran los esfuerzos de los padres jesuitas, dándoles todo el apoyo que su posición oficial les consiente.

El resultado de tantas solicitudes y afanes quizás no se echará de ver desde luego. El exiguo número de sacerdotes; la necesidad de aprender a fondo un idioma muy extraño y poco estudiado todavía; la oposición de algunos elementos hostiles; el prolongado desamparo en que los indios quedaron

y su innata apatía; todo esto hará arduos y lentos los principios de la grande obra civilizadora. Mas si las misiones logran establecerse y organizarse como conviene; si al amparo de las leyes y del poder civil se les permite desplegar toda su acción a favor de los indígenas, se irá seguramente llevando a cabo la redención de aquellas tribus.

La misma historia de los tarahumares confirma esta esperanza. Bárbaros, salvajes, al parecer refractarios a toda cultura, más de una vez se rebelaron en los primeros tiempos de la evangelización, y hasta mataron a sus bienhechores. Pero subyugados al fin por la caridad e inquebrantable constancia de los padres, vinieron gradualmente amansándose y congregándose en pueblos. A la vez que se instruían en la doctrina de la fe y de la moral cristianas, se ejercitaban en labrar la tierra, en tejer sus sencillos vestidos, en levantar casas y templos. Se andaba así adelantando y ganando siempre terreno, hasta que una repentina tempestad arrancó a los misioneros de esas tierras amadas.

Arrojados ellos, por mucho tiempo cesó de mejorar la condición de la raza indígena en lo espiritual como en lo temporal, antes bien se fue empeorando.

Ahora se vuelve a empezar o se continúa la obra de los primitivos doctrineros, con las modificaciones que piden los tiempos modernos. Es gran mérito para ese Superior Gobierno. El Sr. D. Enrique Creel, que toma tan a pecho el bienestar de los hijos desvalidos de la patria mexicana, y tanto bien ha merecido de ellos, tendrá el consuelo y la gloria de iniciar (así lo creo) una era nueva para los tarahumares. Estos acabarán por asimilarse a lo demás de la nación, llevando al engrandecimiento de ella un contingente de preciosas cualidades, recibiendo de ella a su vez bienes de grande alcance.

Termino aquí, pues ya mucho he abusado de la paciencia de Ud.; perdónemelo. Volviendo a leer estos borrzones escritos con mucha prisa y frecuentes interrupciones (por las muchas ocupaciones que me agobian), me da pena y vergüenza mandárselos así que con tantas palabras poco dicen, y ciertamente no darán nueva luz a persona tan instruída como Ud. y tan bien enterada de la situación. Sin embargo, dígnese aceptarlos como una prueba del gran deseo que tengo de secundar las miras humanitarias del Gobierno, así como del respeto y del sincero agradecimiento que a Ud. profesa,

Su S. Atento Servidor q. s. m. b.

ACHILLE GERSTE.

(Colegio Germánico, Vía S. Nicola da Tolentino, 8. Roma.)—Italia.—8 agosto 1906.